

FRANCISCO LLUCH MORA, POETA YAUCANO

José Juan Báez Fumero
Profesor- Departamento de Estudios Hispánicos
Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico

El 5 de marzo de 1988, con motivo del XIV Festival Nacional de Café, fue objeto de un caluroso homenaje el profesor yaucano don Francisco Lluch Mora. Poeta e historiador de reconocidos méritos, recibió junto a otros dos distinguidos compueblanos (el profesor Rafael Rosas Couret y el profesor Radamés Ruiz) la Orden del Cafetal, máximo galardón del Pueblo del Café.

Es momento propicio para ocuparnos de este distinguido escritor puertorriqueño. Podríamos reseñar su vasta producción poética, historiográfica y ensayística; pero consideramos que presentamos fielmente al poeta y al puertorriqueño que hay en Lluch Mora, acercándonos a dos de sus obras poéticas más representativas: **Canto desesperado a la ceniza** y **Canto a Yauco**.

El primero, publicado originalmente en 1955, es según palabras de la Dra. Josefina Rivera de Álvarez¹ de lograda belleza y originalidad en su imaginística, eco de la angustia del autor ante el conocimiento de la esencia real de la carne". El segundo, **Canto a Yauco**, publicado un año después -premio del concurso celebrado en las fiestas del Bicentenario de la población- expresa de forma hermosamente poética los sentimientos compartidos por todos los nacidos en este pueblo del sur de Puerto Rico.

"Canto desesperado a la ceniza"² es considerado uno de los mejores poemas líricos de nuestro país. Lleva al lector por el solitario camino de la muerte. Comienza

el poema enfrentándose con la realidad final de la vuelta a la nada, al polvo:

Nos quedaremos un día completamente solos,
tirados en la tierra como brizna abandonada
brizna segada y seca.
Nos quedaremos un día completamente solos.
Nos quedaremos tranquilos, silenciosos,
con el torso ya próximo a un hervidero de
gusanos.

Y el poeta se presenta ante la ceniza para cantarle, para hacerle saber que le conoce, que le reconoce en "las estatuas que miran sin mirada, las estatuas, ya próximas al polvo, al negro laberinto sin espejos"...Le canta a la muerte, dolido en carne propia por su destructor zarpazo.

Para el poeta la ceniza es sinónimo de la nada. Es la expresión máxima de la soledad. Estando en ella la esencia de la existencia humana, no participa de ésta y se reduce a escombros ignorante de su existencia:

Ignora la ceniza los metales
y el rayo de la luna en la enramada,
no la tiente la carne ni el olvido,
escombros que no palpa su existencia.

Es este poema una invitación a enfrentarnos con la muerte, con la soledad del hombre ante la muerte; para que junto al poeta entendamos que toda la existencia humana se reduce al polvo, a la nada:

Ven ahora, conmigo, a la ceniza.
Descubre que la rosa, como el hombre
termina en el silencio, en el escombros,
que los labios que hablan y que admiras
son tan solo reguero de ceniza...

Hay en “Canto desesperado a la ceniza” un continuo resonar de las “Coplas por la muerte de su padre” de Jorge Manrique. La expresión reiterada de que todo lo que el hombre valora y aprecia “es tan solo reguero de ceniza” lo hermana al gran poema de la muerte en lengua española. Recordemos algunos versos de Manrique³:

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir.
Allí van los señoríos
derechos a su acabar
y consumir...

Invitación a contemplar “el destino de la carne sumergida en la noche de la muerte”, logra como pocos poemas puertorriqueños hacernos pensar, o mejor, sentir, la presencia real e inevitable de la muerte. Es canto desesperado que nos conmueve y emociona.

El **Canto a Yauco**⁴ nos permite ahondar en la personalidad de este poeta que sabe decir con palabras lo que el espíritu siente por el lar que nos vio nacer. Evocando el paisaje, la gente, las cosas íntimamente yaucanas logra presentar al lector los elementos esenciales del pueblo. El monte, el río, la iglesia, los edificios dejan de ser cosas para convertirse en seres casi humanos para confundirse con ellos. El Cerro parece un “un nuevo pesebre”, igual que lo viera años antes otro poeta yaucano, el Padre Rivera Viera. Y las campanas de la iglesia “cantan” y la casona “se aúpa” y los óleos “miran pensativos”. Nada le es ajeno o extraño, Yauco todo es uno con el poeta. Aun el mundo de los muertos participa de esa unidad:

El corazón se sabe por su tierra.
Aquí yace el silencio de unos huesos
abonando la tierra del olvido.
Cercado está el recinto sin palabras

.....
levantando columnas en el tiempo.

Esa identificación entre el poeta hombre y su pueblo le lleva a dejar lo mejor de su ser a la tierra amada. Le entrega su valor máspreciado: su alma de artista que transita a través de la palabra:

Yo te dejo mi sangre, tierra mía,
tierra mía que tienes tu montaña.

Yo te dejo la llama enardecida
y el amor que te tengo patria amada.

Yo te dejo mi sueño tierra mía,
yo te dejo mi ser en la palabra.

Serán entonces dos elementos característicos de Yauco los que se alcen al final del poema como símbolo-pueblo. Uno, “El Rodadero”, monte-vigía que ha sido fiel testigo de la historia de nuestro pueblo desde los orígenes hasta el presente:

Luciente voz de siglos, voz transida,
en clara y recia lengua desatada.

.....
Hay un grito de guerra en su contorno;
en él pugnan Juan Ponce y Agüeybaná.

El otro, “La Torre”, torre de la iglesia alrededor de la cual nació, creció y permanece el pueblo; símbolo de la unión de espíritus que da permanencia y esperanza, que da a los pueblos conciencia colectiva.

Todo el poema es un canto a la tierra de la que se sabe parte. Es un canto a la patria donde el cantor se manifiesta y se proclama parte de esa esencia:

¡Ah, tierra del cafeto y la montaña!
¡Ah, tierra de mi sueño, de mi vida!
Por ti pulso la voz que no se acaba.
Por ti aliento la luz y la ternura.

.....
...Pueblo mío
por ti pulso la voz y la esperanza.

La preocupación existencial por la muerte que despierta en el autor inquietudes trascendentales de un amor profundo por la tierra que lo vio nacer (amor que une a todos los puertorriqueños) son rasgos motivadores de los poemas analizados. La maestría con que Lluch Mora logra hacerlos parte del lector, nos habla de un excelente poeta, merecedor del reconocimiento que le tributó su pueblo.

Tomado de: **Poetas y poesías en Yauco**

¹ Josefina Rivera de Álvarez. **Literatura puertorriqueña, su proceso en el tiempo**, Madrid, Ediciones Partenón, 1983, pág. 563.

² Francisco Lluch Mora. **Canto desesperado a la ceniza**, Mayagüez, Jardín de Espejos, 1978.

³ Jorge Manrique. "Coplas por la muerte de su padre" en **Poesías completas**, Madrid, EDAF, 1968, 153-174.

4. Francisco Lluch Mora. **Canto a Yauco**, San Juan, Biblioteca de Autores Puertorriqueños, 1980, 17 págs.

Notas



Foto de la portada del libro **Canto a Yauco**, Francisco Lluch Mora